

UNA PIZCA DE BONDAD

(Cuento)

Desde hacía muchos, muchísimos años, el viejo Yanán se había alejado del mundo. Vivía solo en la montaña, y no quería tener que ver con nadie. Pero un día sintió que su vida llegaba a su fin y que pronto tendría que presentarse ante su Creador. “Señor, le dijo en su oración, ¿qué tengo que hacer para que me perdones mis errores antes de llegar a tu presencia?” Entonces oyó una voz que le decía: “Mira Yanán, nunca le has hecho daño a nadie, pero siempre has desconfiado de todos los hombres y eso no está bien. Por eso, antes de que llegues a mi presencia vas a recorrer el mundo en busca de un poquito, de una pizca de bondad. Pero óyeme bien: tiene que ser sólo una pizca.”

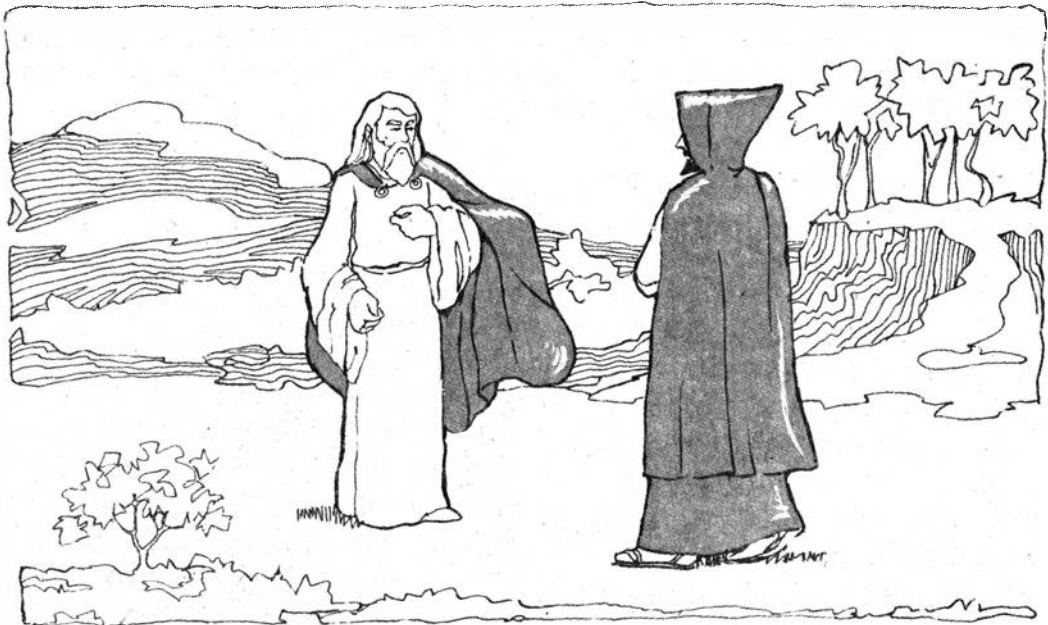
Yanán abandonó su pueblo y su país y se fue a recorrer los caminos del mundo. Un día encontró a la orilla del camino a un monje. Era viejo y tenía unos ojos bondadosos y cansados. Caminaba lentamente, mirando hacia adelante. Yanán le preguntó:

–Dígame, buen hombre, ¿dónde puedo encontrar una pizca de bondad?

–¿Una pizca de bondad? –preguntó el monje con asombro.

–Sí, solamente una pizca.

–Búsquela en su corazón –le respondió el monje.



Yanán siguió su camino. Al atardecer llegó frente a la casa de unos campesinos. Tenía hambre y estaba cansado. Llamó a la puerta y le abrió una mujer de rostro amable.

—¿Qué desea?—le preguntó.

—No tengo amigos ni parientes, no tengo dinero. Estoy solo como el gavilán entre las nubes. Sólo pido un poco de leche y un rincón donde dormir.

La mujer lo pasó adelante y llamó a su marido, quien inmediatamente le dijo a Yanán: —Quiero que se encuentre bien en mi casa. Dormirá en nuestra cama, porque veo que es viejo y está cansado.

Mientras Yanán comía, pensaba: “Realmente los hombres no son malos”. Pasó la noche en un sueño tranquilo y al amanecer, cuando oyó cantar los gallos, se levantó. Los dueños de la casa ya estaban de pie. Le habían preparado a Yanán un poco de comida para que no pasara hambre en el camino.

Antes de despedirse, Yanán les dio las gracias por sus atenciones. Luego les hizo la extraña pregunta: —Díganme, ¿dónde puedo encontrar una pizca de bondad?

El hombre y la mujer se miraron con tristeza. ¿Es que acaso no se habían comportado como buenas personas? Luego el campesino le dijo: —La bondad no es una cosa tan escasa. Podrá encontrarla, y no una pizca, sino a montañas, en el alma de los que le ayudan.

Yanán sonrió. Sabía que no podían entenderlo. Él no buscaba la bondad que se da generosamente a montones, como la que había encontrado en el corazón del matrimonio campesino. Él buscaba solamente una pizca de bondad.

Yanán siguió su camino. Cuando llegó al río, se dirigió a un botero, que estaba sentado junto a su bote.

—¿Quiere llevarme a la otra orilla?—le preguntó—. Pero no puedo pagarle. No tengo dinero. Todo lo que tengo es la ropa que llevo puesta.





El botero lo miró con compasión. —Es usted viejo —le dijo.

Luego se levantó y empujó el bote hacia el agua, mientras decía: —Realmente mi bote es hermoso. Es uno de los mejores que se ven en este río. Demostraría ingratitud hacia el Señor de los Cielos, que me ha dado tanta suerte, si no socorriera a un pobre anciano como usted.

Yanán, ayudado por el buen hombre, saltó dentro del bote. Estaba contento de encontrar hermanos generosos. Contento de conocer una humanidad digna de su Divino Creador. Pero no era eso lo que buscaba. De pronto le preguntó al botero:

—¿Dónde puedo encontrar una pizca de bondad?

El bote se deslizaba sobre la corriente, guiado por la mano experta del botero.

—¿Puede decirme dónde puedo encontrar una pizca de bondad? —Volvió a preguntar Yanán.

¡Oh! —exclamó el botero—. La bondad no es una hierba tan rara. Crece en todas las almas. Creo que hasta en la mía habrá un poco. Alguna vez la siento correr por mis venas como un arroyuelo tibio. Se lo digo yo: la bondad es como el agua. No hay casa que no tenga detrás, el pozo o la fuente, o el río vecino. Y tampoco se puede vivir sin bondad. Tal vez usted pueda indicarme alguna casa sin agua. Pero la gente que la habita no es feliz y muere pronto. También podrá indicarme algún hombre sin bondad. Por ejemplo León. Vive solo más allá del pueblo. Es malo y todos lo odian. Por eso la vida de León no es vida.

Habían llegado a la orilla. Yanán saltó a tierra sin ayuda. Le

dio las gracias al botero y siguió su camino. Tenía siempre la misma esperanza: encontrar un poquito de bondad. Atravesó el pueblo y llegó a la casa de León, el hombre malo. Entonces se sentó en el suelo.

Cuando León lo vio allí sentado, se llenó de cólera.

—¿Qué hace aquí, sucio vagabundo? Aléjese. No soporto su miseria y su fealdad.

—No puedo moverme, me duelen las piernas —contestó Yanán.

—Pues yo voy a hacer que corra como un conejo —exclamó León.

Y cogiendo un palo se abalanzó sobre Yanán, a quien apaleó brutalmente.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! —gritaba Yanán—. ¿Por qué me tortura? ¿Por qué me apalea? ¿Le he hecho algún daño?

El perverso León seguía golpeando. Luego agarró a Yanán por la camisa y fue a tirarlo a corta distancia de la casa.

Yanán, herido, adolorido, no esperaba ahora más que la muerte. Y rezaba: “Oh, Señor de los Cielos, hice lo posible por encontrar una pizca de bondad, la pizca que Tú me mandaste a buscar, porque te habría dicho que aún en el corazón más apenado hay un destello de Tu luz”.

Mientras Yanán, destrozado por los golpes, rezaba y lloraba, oyó una voz que decía: —¿Sufre mucho?

Era León, que se inclinaba sobre el anciano.

—Me remuerde la conciencia —dijo—. Comprendo que le he hecho mucho daño. Quisiera curarlo.

El moribundo dejó de sentir el atroz sufrimiento. Cerró los ojos contento. Abandonaba la Tierra, abandonaba la miseria, iba al encuentro del Señor. Y se llevaba consigo un don inapreciable: el saber que aún en el corazón más endurecido se encuentra una pizca de bondad. ¡La pizca de bondad que tanto buscó sobre la Tierra!

